

Los refranes: origen, función y futuro¹

LOUIS COMBET

Universidad Lumière Lyon 2 (Francia)

Nunca se acaba con el tema de los refranes. Pese a todo lo que ya se ha dicho, quedan todavía dudas sobre su origen, su función y su formación.

Sobre estos aspectos vamos a tratar a continuación. Mi acercamiento será de orden *sociológico*, o más bien *psicosociológico*. Conviene señalar que no es una forma habitual de abordar este tipo de problemas. No sé si mis análisis les convencerán. Espero, al menos, llamar su atención sobre este modo de proceder.

Los refranes que vamos a estudiar entran dentro de la categoría de lo que se llama a veces refranes *morales* o *filosóficos*. El desarrollo de esta conferencia mostrará que se trata de adjetivos bastante discutibles. En este caso, sería mejor hablar de refranes *psicosociológicos*, puesto que se trata de enunciados que conciernen esencialmente a la *vida afectiva y moral* de los individuos en su *relación con los demás miembros de la sociedad*, próximos o lejanos.

A título de ejemplo, citemos algunos, con su correspondencia francesa:

"Más vale pájaro en mano que ciento volando" (*Un tiens vaut mieux que deux tu l'auras*)

"A quien madruga, Dios le ayuda" (*Aide-toi, le Ciel t'aidera*)

"A hierro candente, batir de repente" (*Il faut battre le fer tant qu'il est chaud*)

Como ven, estamos ante lo que se denomina a veces *refranes de las viejas*, cuyas modestas advertencias constituyen la famosa *sabiduría popular* -lo que los humanistas españoles llamaban la *filosofía vulgar*, por oposición a la *gran filosofía*, la de los pensadores y filósofos de la Antigüedad clásica.

En cambio, dejaré de lado otra categoría de refranes, los *laborales* o *instrumentales* (refranes meteorológicos y agrícolas, refranes de oficios o de profesiones, etc.), los cuales tienden esencialmente a proporcionar recetas de carácter material y práctico, por lo que están destinados a tener una existencia efímera, debido a la evolución de las ciencias y las técnicas.

Los refranes *morales*, por el contrario, gozan de una gran longevidad. Al menos, se puede constatar que en ciertas culturas muy alejadas de las nuestras en el tiempo, los encontramos ya instalados. Por ejemplo, en el pueblo sumerio, la más antigua civilización que posee textos escritos donde figuran proverbios y que florecía hace 5.000 años entre el Golfo Pérsico y el Mediterráneo. Pero también en la antigua China o en el viejo Egipto, en el mundo grecolatino, etc. (y no puedo

¹ Texto que recoge y unifica las conferencias impartidas por Louis Combet el 8 y el 9 de mayo de 1995 en la Facultad de Filología (edif. A), de la Universidad Complutense de Madrid, con motivo de las invitaciones formuladas por el Dpto. Filología Románica y el Dpto. Filología Francesa de la Universidad Complutense de Madrid.

por menos de aprovechar la ocasión para resaltar que todos los pueblos conocidos tienen sus proverbios -y lamento no poder ahora desarrollar esta observación, cuya importancia supongo que no les ha escapado a ustedes). Pero, volviendo a las civilizaciones desaparecidas, cabe destacar sobre todo que la *filosofía* que se expresa en sus proverbios apenas se diferencia de la que contienen los refranes actuales. Transmite preocupaciones que, en lo esencial, refieren a problemas prácticos e inmediatos de nuestra existencia diaria: la vida material, las relaciones entre los individuos y los grupos, la familia, el amor, el dinero, el poder, la muerte, etc. Esta semejanza no tiene nada especial, dado que la estructura de tales sociedades no difiere de la de nuestras sociedades modernas tradicionales.

Ya lo saben, hace unos 10.000 años que la humanidad comenzó a dejar su modo de existencia prehistórico para entrar en la *Historia* (con H mayúscula). Antes de esta fecha, nuestros ancestros vivían, sin duda de forma bastante precaria, de la caza y de la recolección. Luego, la evolución de las técnicas y de las mentalidades les llevó a descubrir la ganadería y la agricultura. Se trata de un acontecimiento de consecuencias inmensas, puesto que les permitió *producir y conservar* grandes cantidades de alimentos animales y vegetales. Lo que vino después es de todos conocido: *desarrollo de los intercambios*, invención de la *moneda*, de la *aritmética* y de *escritura*, *acumulación del capital*, *creación de grandes aglomeraciones* y, lo que para nosotros es aun más interesante, *división de la sociedad en clases* diversificadas y jerarquizadas: aristocracia poseyente y guerrera; clase eclesiástica; clases "populares" y laboriosas, destinadas a las tareas mecánicas y serviles, y a veces, también, según las épocas, al comercio y a las finanzas. Por supuesto, es esta última clase "inferior" la que ha llamado primero la atención de los paremiólogos, dado lo que sabemos del utilitarismo de los proverbios, de su moral prudente y a veces ramplona; todo lo cual nos lleva a menudo a pensar que la famosa sabiduría popular sólo puede emanar de lo que comúnmente llamamos el *vulgo* o el *pueblo*, cuya voz, esa *vox populi*, sería también -de modo un tanto inesperado, si se piensa bien- la *vox Dei*.

En el siglo XVI -ya lo saben ustedes- los Humanistas y los Erasmistas no dudaron en considerar los refranes *evangelios breves*, cuyas enseñanzas debían ser tan respetables como las de los *Evangelios canónicos* de la Iglesia católica. Para los Humanistas, se trataba, entonces, de contrarrestar así la influencia de la Iglesia, oponiendo a su doctrina la "sabiduría popular" (la *filosofía vulgar*).

*
* *
*

Las cosas, sin embargo, no tardarían en evolucionar, al menos en el Occidente cristiano, tras las grandes sacudidas de la Reforma, los progresos de la Ciencia y el auge del racionalismo filosófico. Examinemos en especial el caso de España. En el transcurso del siglo XVII, se observa en este país que ciertos autores, la mayoría moralistas, comienzan a distanciarse de los refranes. Por ejemplo, Quevedo; pero también y sobre todo, al final del siglo y al principio del siglo siguiente, Baltasar Gracián y el Padre Feijoo. Este giro -como ustedes saben- es la consecuencia del nacimiento, en Europa, de lo que se ha denominado la *filosofía del Siglo de las Luces*, heredera del Humanismo, del que acentúa aún más la tendencia al racionalismo. Para el espíritu de las Luces, el adversario, ciertamente, sigue siendo la Iglesia católica; pero también, en adelante, lo que se designa con el nombre del *oscurantismo*, o sea las *falsas creencias* y las *supersticiones* siempre vivas en la mente de la masa ignorante. Esta actitud es evidente en Baltasar Gracián, quien, en su famosa "Reforma crítica de los comunes refranes" (que aparece en el *Criticón*, III, crisis VI), se esfuerza por demostrar la falacia y, a veces, la inmoralidad de unos sesenta refranes. Por ejemplo, Gracián afirma que el refrán "Haz bien, y no mires a quién" es "un solemne disparate" porque, si no se presta atención, corremos el riesgo de favorecer las tentativas de un canalla o de un ingrato. Para *Donde fueres, harás como vieres*, propone modificar la segunda parte del refrán por *...harás como debes*. Y, a propósito del famoso *La voz del pueblo es la voz de Dios*, declara enérgicamente

que esta voz del pueblo no puede ser de ningún modo la voz de Dios, sino -cito textualmente- la "de la ignorancia, [ya que] de ordinario por la boca del vulgo suelen hablar todos los diablos".

En cuanto a Feijoo, él sistematiza y radicaliza esta actitud en su carta *La falibilidad de los adagios* (P. fray Benito Jerónimo Feijoo, *Falibilidad de los adagios*, en *Cartas...*, B.A.E., t. LVI, pp. 552-555), y sería fácil, si tuviéramos más tiempo, dar algunos ejemplos de su crítica. Me limitaré a citar sus conclusiones:

[...] hay muchos adagios, no sólo falsos, sino injustos, inicuos, escandalosos, desnudos de toda apariencia de fundamentos, y también contradictorios unos a otros. Por consiguiente, es una necesidad insigne el reconocer en los adagios la prerrogativa de *evangelios breves* (p. 552).

Este mismo tipo de crítica, vamos a encontrarlo, en los siglos siguientes, en los pensadores inspirados por la filosofía del Siglo de las Luces. Pienso sobre todo en Hegel, cuyos escritos (especialmente *La fenomenología del espíritu*, 1812-1816), tendrán una gran influencia en las doctrinas positivistas y materialistas y, más tarde en la elaboración de la teoría marxista. Ahora bien, Hegel no encuentra palabras lo suficientemente hirientes para atacar lo que llama con desprecio la "filosofía natural", la cual, nos dice, "corriendo por el cauce tranquilo del buen sentido [...] produce todo lo más una retórica de verdades triviales". Y, a esta "filosofía natural [...] antihumana [...] y sólo animal", a estas presuntas verdades "que se hallan desde hace mucho en los catecismos y en los proverbios tradicionales", Hegel opone su propia filosofía del *concepto* (es decir, el pensamiento racional y lógico), que ha de curar a la humanidad de los efectos perniciosos de la pretendida "*sabiduría popular*" y del llamado *buen sentido* popular, "divagaciones [...] que no son ni carne ni pescado, ni filosofía".

Como ven ustedes, Hegel, él también, asigna una *función* a los proverbios, pero una función *negativa* y nefasta, todo lo contrario de la que el Humanismo les atribuía. Entre estas opiniones contradictorias, ¿dónde está la verdad? ¿Los proverbios populares son *verdaderos* o *falsos*, *buenos* o *malos*? ¿Serán meros ornamentos del discurso, como lo consideran algunos especialistas? Se discute sobre ello, lo que prueba que el problema todavía no se ha zanjado.

¿Tendremos, pues, que renunciar a toda investigación al respecto? Claro que no; pero, en vez de atacar frontalmente esta espinosa cuestión, me parece más provechoso abordarla de forma indirecta, mediante una exploración de lo que se podría llamar su *entorno* inmediato. Así que voy a intentar esclarecer una zona de investigación cuyos límites han sido fijados *implícitamente* por las consideraciones críticas de Gracián, Feijoo y Hegel, y lo haré planteando un problema sencillo: el del papel que parece jugar la sabiduría popular en tanto que *criterio revelador* de la coherencia de la relación entre la teoría y la práctica de algunas ideologías que se han desarrollado en nuestras sociedades modernas. Sin remontarme ahora, por falta de tiempo, a las relaciones complejas que el cristianismo oficial ha mantenido con la *sabiduría proverbial*, me limitaré a examinar un problema adyacente, planteado por el nacimiento y el desarrollo, en las naciones europeas, de estas doctrinas de la felicidad, las cuales, una vez institucionalizadas (oficializadas), parecen perder su eficacia, hasta el punto de que los hombres encargados de ponerlas en práctica tienden entonces a olvidar los generosos principios que debían guiar sus acciones. Pienso sobre todo en estas ideologías que tienen su origen en la filosofía de las Luces. En esta conferencia, haré especial hincapié en estas ideologías que tienen su origen en la filosofía de las Luces; sin olvidar, sin embargo, otras corrientes ideológicas, como son, por ejemplo, los fascismos europeos del siglo XX, los cuales, a pesar de evidentes diferencias, quedan sin embargo afines al mesianismo revolucionario procedente del siglo XVIII. Ahora bien, tales ideologías tienen un *punto en común*: la *desconfianza*, para no decir la *hostilidad*, que manifiestan con respecto a los refranes.

Me limitaré a tomar unos cuantos ejemplos, que conciernen, respectivamente:

- 1) a la enseñanza pública en Francia desde el advenimiento de la Tercera República;
- 2) a la actitud del poder zarista y del poder soviético para con los proverbios rusos;
- 3) a la postura de los totalitarismos y de los fascismos europeos para con los proverbios;

4) a la actitud, frente a los proverbios franceses, de una doctrina filosófica, el *existencialismo*, que se desarrolló en Francia en los años siguientes a la Segunda Guerra Mundial.

Intentaré, por último, aclarar dichos ejemplos examinando una obra del conocido sociólogo francés Jean Baudrillard, autor de un breve pero sugestivo ensayo titulado *A l'ombre des majorités silencieuses* ["A la sombra de las mayorías silenciosas"] (aparecido en 1978. Fontenay-sous-Bois: Utopie, Cahier d'Utopie quatre). Veamos el primer punto.

1. LA ENSEÑANZA PÚBLICA EN FRANCIA Y LOS PROVERBIOS TRADICIONALES

La Tercera República francesa constituyó, a partir de 1879, un régimen democrático y laico basado en la *Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano* y en la afirmación de los principios fundamentales de libertad, igualdad y fraternidad. De hecho, la Tercera República ha fundado lo esencial de su acción política en dos principios menos ambiciosos y más realistas y concretos: la laicidad y el centralismo, cuya puesta en práctica, mediante la acción del Estado, de la administración y de la escuela laica, tendía fundamentalmente a la unificación cultural y política de la nación. Así, toda una parte de la Francia tradicional y regionalista se ha encontrado en peligro de destrucción, en el ámbito cultural, en particular, la escuela laica de Jules Ferry se preocupó por reducir la diversidad regional de Francia, borrando sus dialectos y hablas locales, haciendo que caigan en el olvido los folclores nacionales y regionales. En lo que atañe particularmente a la Paremiología, la Tercera República contribuyó a acelerar la decadencia de los proverbios franceses, ya iniciada en el siglo XVI y acelera por el rigor de la monarquía absoluta y su expresión literaria, el Clasicismo, en el que, excepto en las *Fábulas* de La Fontaine, los proverbios populares están proscritos. (No abordaré aquí el problema de las relaciones entre la religión y los proverbios; por lo que se refiere a las naciones de la Europa del Occidente, parece que la Iglesia católica no ha visto con buen ojo el uso de los proverbios populares, si bien toleró a veces su empleo en la predicación popular). Sea lo que fuere, reconozcamos que el proyecto unificador de la escuela laica francesa fue llevado a cabo con métodos relativamente pacíficos, más con la persuasión que con la violencia abierta, sin duda, los maestros de la escuela "laica gratuita y obligatoria" se habrían asustado y apenado si se les hubiera dicho que su militancia virtuosa en favor de la Libertad, de la Justicia y del Progreso corría el riesgo de producir resultados parejos a los que habían provocado las fuerzas contra las que combatían, y que la puesta en práctica de los principios de la *Declaración de los Derechos del Hombre* podía llevarles a destruir algunos de ellos.

Esta es una lección que algunos herederos espirituales de la ideología fundadora de la Tercera República francesa deberían haber tenido presente. Pienso más concretamente en el marxismo, sobre todo en la forma en que esa doctrina se ha realizado políticamente en la Unión Soviética y en otros países. No me extenderé más en las aberraciones en las que ha desembocado la aplicación de tal ideología, moralmente irreprochable si se tiene en cuenta su *letra* y sus *intenciones* proclamadas. La sabiduría popular dice que *L'enfer est pavé de bonnes intentions* ("El infierno está lleno de buenas intenciones"). Esta voz no ha sido escuchada por los dirigentes del régimen en cuestión, quienes, sin embargo, declaraban su deseo de apoyarse en el pueblo (el "proletariado") para extirpar las taras sociales originadas por la tiranía zarista. De ahí los conflictos que enfrentaron rápidamente las autoridades soviéticas con ese mismo "pueblo". Me limitaré a examinar uno de los aspectos de esa confrontación: la actitud de las autoridades soviéticas para con los proverbios rusos tradicionales, una actitud que coincide de modo caricaturesco con la de los zares frente a estos mismos proverbios. Sobre el particular, me inspiro en el notable ensayo del docente francés Jean Baudrillard, de la Universidad de Poitiers: "Proverbes et pouvoir politique: le cas de l'URSS" (*Richesse du proverbe*, 2 vols., Université de Lille, P.U.L., 1984, t. 2, pp. 155-166).

2. LA ACTITUD DEL PODER ZARISTA Y DEL PODER SOVIÉTICO PARA CON LOS PROVERBIOS TRADICIONALES DE LA ANTIGUA RUSIA

Es patente la riqueza de la paremiología rusa. Esta herencia parece que ha merecido el respeto del régimen soviético, en sus primeros años. Es sabido que el propio Lenin se complacía en citar viejos proverbios. Pero, muy pronto, todo cambió y el régimen stalinista mostró con respecto a los proverbios la misma desconfianza que ya había manifestado, en el siglo XIX, el poder zarista y, en especial, el terrible Nicolás I, un zar conservador como hubo pocos. Aludo aquí a las molestias de las que fue víctima la colección de proverbios rusos que un erudito paremiólogo, Wladimir Dahl, intentaba publicar hacia 1850 en Rusia. Esta recopilación, titulada *Proverbes du peuple russe*, es de particular interés, por el hecho de que incluía todos los proverbios rusos que Dahl había podido recoger, incluso los más anticonformistas, los más irrespetuosos y los más insultantes para el poder. Funesta idea fue esta. El censor Chidlosvki, encargado de examinar el manuscrito, convocó a Dahl para comunicarle un informe en el que se decía que ante la "la disparidad de las convicciones populares" manifestadas en esta obra, era conveniente modificar cierto número de proverbios y suprimir una cuarta parte, sobre todo, los que iban dirigidos "contra el clero, el tesoro público, el poder en general, el servicio del Estado, la ley, los jueces (y) la nobleza".

La colección de Dahl se imprimió con tales amputaciones, pero su tirada se limitó a 100 ejemplares, destinados únicamente a los fondos de las bibliotecas oficiales, a los que sólo tenían acceso algunos eruditos, pues, como explicaba el director de la Biblioteca de San Petersburgo, del mismo modo que se puede confiar un "veneno físico" a un médico, se podía poner un "veneno moral" en las manos de esos eruditos.

Finalmente, los *Proverbes du peuple russe* se editarán íntegramente en 1862, durante el período liberal que siguió a la muerte de Nicolás I. Sin embargo, habrá que esperar casi un siglo para que se reedite esta colección en Rusia, en 1957, a raíz del deshielo que había seguido a la muerte de Stalin (1953) y la denuncia de los crímenes del dictador por Nikita Jruschov, quien le había sucedido en el poder. Nikita Jruschov, cuyo aspecto físico recordaba el de Sancho Panza, cuidaba su imagen de hombre del pueblo (había sido minero en su juventud) y salpicaba sus propósitos y sus discursos con numerosos proverbios (como Sancho). Por este motivo, gozaba de innegable popularidad, en particular en Occidente, en donde se le consideraba un *self made man* al estilo socialista. Sin embargo, la afición que Jruschov tenía por los proverbios no llegaba hasta el punto de hacerle olvidar sus prejuicios marxistas. En efecto, la reedición de 1957 del libro de Dahl dista mucho de ser una *rehabilitación*. Los viejos proverbios rusos permanecían siempre *sospechosos* a los ojos de las autoridades soviéticas, como lo prueba el contenido del prefacio que figura en la nueva edición, cuyo autor es el muy ortodoxo Cholokhlov (famoso por el papel que desempeñó en el seno de la Unión de los Escritores de la URSS). Si bien Cholokhlov sigue definiendo los proverbios como la expresión de la sabiduría popular, lo hace para precisar en seguida que hay una sabiduría popular "verdadera" y otra "falsa". Existe, pues, para Cholokhlov, toda una capa de proverbios que, aunque auténticos, deben ser excluidos de la nueva edición (naturalmente no son los mismos que habían sufrido la censura en el siglo XIX). "Mucha falsa sabiduría -escribe Cholokhlov- muchas nociones corruptas se han inculcado al pueblo durante siglos de injusticia social, de sumisión ante la fuerza, de falsa devoción, de hipocresía. Los proverbios han conservado muchas cosas que, hoy, extrañan a su espíritu sano". Todos estos proverbios, proclama, están condenados a desaparecer de la existencia misma de "la experiencia socialista, experiencia inédita, que da origen a una sabiduría nueva, noble".

De manera que la colección de Dahl, como otras muchas obras de esta índole, se ve ultrajada nuevamente. Se suprimen numerosos proverbios, se modifican otros, se introducen de modo abusivo otros que no figuraban en la colección original (se trata sobre todo de "nuevos proverbios", es decir, proverbios inventados). Se eliminan todos los que no condenan el antiguo régimen zarista. Y entre los que se referían a la desigualdad social, sólo se conservan los que eran abiertamente hostiles a los aristócratas, pero ya no se hallan los que les eran favorables. El artículo

DIOS, por ejemplo, es del todo elocuente: de los 283 proverbios que Dahh incluía bajo esta rúbrica, sólo se han conservado 7. Del mismo modo, han desaparecido los proverbios, numerosos en la colección de Dahl, que manifestaban la comprensión o la indulgencia hacia ciertas debilidades humanas: pereza, glotonería, gula, embriaguez, debilidad de carácter, prudencia excesiva, cobardía, etc.

Además, aunque de forma menos radical, ciertas *modificaciones* desnaturalizan los viejos proverbios. Por ejemplo, "La verdad recorre el mundo" se convierte en "La verdad de Lenin recorre el mundo". "Dios protege al zar" se convierte en "Dios se lleva al zar". Se podrían multiplicar los ejemplos de este tipo.

A veces, también, como hemos visto los censores, llevados por su celo, *inventan* nuevos proverbios, en particular en ciertos campos importantes de la política soviética, como la unidad de la URSS, el patriotismo, la defensa del territorio. Citemos algunas de esas creaciones:

"Nuestro país invencible está unido por la amistad de los pueblos".

"Los rusos no se rinden nunca".

"Ni siquiera un pájaro puede cruzar nuestras fronteras".

"Defiende bien las fronteras conquistadas, lo que se ocupa es sagrado".

"Ves las estrellas del Kremlin, puedes andar sin miedo".

Podríamos reírnos de tales aberraciones, si ese furor doctrinario no hubiese tenido las consecuencias que todos conocemos, no sólo en la URSS sino también en otros países, y, a veces, en Occidente, en los propios medios intelectuales. Quisiera citar aquí un caso que me ha afectado hondamente como ciudadano francés y como paremiólogo. Se trata de la opinión del escritor contemporáneo francés Claude Roy, ensayista, crítico literario y polemista reputado, el cual, en su juventud, había sido seducido por el marxismo como tantos intelectuales de la época inmediatamente posterior a la Segunda Guerra Mundial. Fue entonces cuando prologó una obra titulada *La sagesse des nations* (publicada en el "Club des Libraires" y reeditada en *Descriptions critiques*, 1949-58). He aquí lo que dice de los proverbios en dicha introducción:

Si la France rassemblait à ses proverbes, il faudrait haïr la France. Les proverbes français sont contre Jeanne d'Arc et contre Rimbaud, contre Pascal et contre Napoléon, contre Fabrice del Dongo et contre Claudel. Ils sont pondérés, circonspects, avars. Ils sont affreux. Ils sont gâteaux" (Cité par Eric Hicks, "Proverbes et polémique dans *Le Roman de la rose* de Jean de Meung, dans *Richesse du proverbe*, 2 vols., t. 1, p. 119, Etudes réunies par François Suard et Claude Buridant, Université de Lille III, "Travaux et recherches", P.U.L., Lille 1984).

["Si Francia se pareciera a sus proverbios, habría que odiarla. Los proverbios franceses están contra Juana de Arco y contra Rimbaud, contra Pascal y contra Napoleón, contra Fabrice del Dongo y contra Claudel. Son ponderados, circunspectos, avaros. Son horrorosos. Son chochos"]

Me sorprendió entonces el ver al marxista puro y duro que era Claude Roy invocar contra los modestos proverbios nacionales la autoridad de Juana de Arco, de Napoleón e incluso del muy conservador y católico Paul Claudel. Más tarde, comprendí mejor la lógica de esa diatriba. Pero, de momento, lo que quiero destacar es la relación antagónica que se establece sistemáticamente entre el propósito totalizador y unificador de ciertas grandes ideologías y el pragmatismo relativista de los proverbios, que es también el de las masas, rebeldes por instinto a cualquier adoctrinamiento. Y esto, cualquiera que sea el color político que ostentan esas ideologías. Hasta ahora, he puesto énfasis sobre todo en los efectos de este antagonismo en la URSS. Pero ya hemos visto que el absolutismo del zar Nicolás I había dado el ejemplo con su intolerancia para con los proverbios rusos. No será de extrañar, pues, que se hayan observado en la Alemania del nazismo fenómenos idénticos a los que acabo de describir.

3. LA POSTURA DE LOS TOTALITARISMO Y DE LOS FASCISMO EUROPEOS PARA CON LOS PROVERBIOS

Quizás ustedes se extrañen al ver figurar aquí esta rúbrica. Pero se equivocaría del todo quien considerarse esas formas de pensamiento y de gobierno sustancialmente diferentes de las que acabo de evocar. La historiografía moderna ha apuntado muchas veces esa afinidad de pensamiento entre el comunismo (tal como imperó durante varios decenios en la Unión Soviética bajo la forma del leninismo y del stalinismo) y los fascismos europeos y el nacional-sindicalismo (remito a la síntesis de François Furet, *Le passé d'une illusion* (Paris, Robert Laffont/Colmann Lévy, 1995). Nacidos por igual de la I Guerra Mundial, de la humillación de la derecha y de la ruina económica de sus respectivas naciones, estos dos regímenes denuncian las contradicciones del liberalismo y comparten la misma aversión al individualismo burgués, la "plutocracia" y la moral cristiana. Lenin y Mussolini salen de una misma familia de pensamiento: el socialismo revolucionario, y Adolfo Hitler funda al nacional-socialismo.

Sin entrar en detalles, me contentaré con remitirles al interesante artículo de Wolfgang Mieder, "Proverbs in Adolf Hitler's *Mein Kampf*" (*Proverbium*, 11, 1994, pp. 159-174), en donde se puede constatar que Adolfo Hitler, quien se esforzaba por hablar al pueblo en un lenguaje simple y accesible, utilizaba en abundancia los proverbios populares, pero después de haberles infligido descaradamente algunas manipulaciones con el objeto de hacerles expresar sus propias teorías hegemónicas y racistas. Lo cual, sin duda, no les extrañará mucho a ustedes después de lo que acabo de decir a propósito de los proverbios rusos. Las mismas causas producen los mismos efectos.

Pero, antes de terminar con los ejemplos, me gustaría dar antes una última ilustración de esta actitud conflictiva, evocando brevemente un librito titulado *L'existentialisme et la sagesse des nations* (Paris, Nagel, "Collection Pensées"). Su autor no es otro que Simone de Beauvoir, compañera y discípula del filósofo Jean-Paul Sartre, y el libro data de 1948.

4. LA ACTITUD DE LA FILOSOFÍA EXISTENCIALISTA DE CARA A LOS PROVERBIOS TRADICIONALES

Por esta época, Jean-Paul Sartre y Simone de Beauvoir comenzaban una brillante carrera de filósofos. En París y en los círculos intelectuales, sólo se hablaba del *existentialismo*, una doctrina que Sartre intentaba oponer a la ola del materialismo filosófico y al marxismo.

¿Qué dice el existencialismo? Afirma que el hombre es *transcendencia*, *movimiento hacia el Otro*, y plantea la existencia de un *sujeto individual*, pensante y responsable, perfectamente *libre* de sus actos, y que *se hace* a sí mismo; todo lo cual se resume en la célebre fórmula: *La existencia precede a la esencia*, la cual postula que la libertad humana sólo es posible porque el ser humano no está delimitado por *esencia* alguna -o, si se prefiere, por naturaleza alguna.

Ven ustedes que este "idealismo" filosófico no puede estar más distante del *naturalismo* que informa la "filosofía" de los proverbios tradicionales. Esto lo explica Simon de Beauvoir, al describir la visión del mundo pesimista qui se desprende de los proverbios, los cuales -dice ella- expresan "sistemáticamente la bajeza, la futilidad, la hipocresía" que moran en el corazón del hombre y cuyo resorte profundo es el *egoísmo* y el *interés*. Los hombres -explica- no creen en el bien ni en la felicidad. E ilustra esta afirmación con numerosos proverbios o sentencias francesas. Por ejemplo:

L'homme est un loup pour l'homme ("El hombre es un lobo para el hombre")

Les hommes ne changent pas ["Los hombres no cambian"]

On ne fait rien pour rien ["No se hace nada por nada"]

L'amour n'est que mensonge, le bonheur n'est qu'un songe ["El amor sólo es mentira, la felicidad sólo es un sueño"]

La vie n'est pas un roman ("La vida no es un camino de rosas")

On n'est pas sur terre pour s'amuser ["No se está en este mundo para divertirse"]

Así, la "sabiduría" consistiría en minimizar la fatalidad de la desgracia, lo que lleva a una apología de la mediocridad:

Qui trop embrasse, mal étreint ("Quien mucho abarca, poco aprieta").

La vertu est dans le juste milieu ["La virtud está en el medio"].

Pour vivre heureux, vivons cachés ["Para vivir felices, vivamos escondidos"].

Estamos en presencia de un cuadro desolador de la condición humana. Y, si a ustedes les parece bien, observaré de pasada que esta antipatía "visceral" de S. de Beauvoir hacia los proverbios populares dejaba ya adivinar, en 1948, la evolución política de esta gran pensadora - evolución que habrá de llevarla, en compañía de J.-P. Sartre, a acercarse más y más a las posiciones de los partidos comunistas occidentales y, luego, un poco más tarde, a las del marxismo y del "gauchisme". Sin embargo, para volver a su postura de 1948 respecto a los proverbios, cabe precisar que las conclusiones que Simone de Beauvoir extrae de estos análisis son menos desalentadoras de lo que pudiera parecer. Los proverbios -explica también- no dan *una idea del todo exacta de la naturaleza humana*. Esta, de hecho, es *doble, ambigua y contradictoria*. El hombre no es "ni naturalmente bueno (...) ni naturalmente malo". No es ni ángel ni bestia. De hecho, en sus conductas ordinarias el hombre se queda, las más de las veces, *a medio camino entre el optimismo y el pesimismo, el idealismo y el escepticismo*. "El idealismo (y) el escepticismo sólo son armas que utilizan los hombres según sus necesidades; [...] y una de las circunstancias que les permite conformarse con el pesimismo [...], es el que no se adhieren a él de forma absoluta".

Tales observaciones son importantes, y conviene tenerlas en consideración para ahondar ahora en el problema de la *función* de los proverbios. En efecto, el constatar la *relatividad* y el *eclecticismo* del mensaje de la "sabiduría popular" es ya proporcionar un esbozo de explicación al hecho de que, a menudo, los proverbios constituyen una materia algo movediza, y hasta se *contradicen*, a tal punto que casi siempre podemos oponer un proverbio a otro. Más tarde volveremos sobre este problema.

Entretanto, hagamos otra observación, que afecta más concretamente al *origen* de los proverbios, es decir la *localización del grupo social del que emanan*, o, lo que viene a ser casi lo mismo, la *delimitación del grupo de los usuarios* de estos mismos proverbios. El sentido común, tanto como ciertos pensadores y paremiólogos, atribuye, las más de las veces, la creación proverbial a entidades sociales bastante mal definidas; por ejemplo, el *vulgo*, las *naciones*, el sentido común, el hombre de la calle... A este mismo defecto sucumbió S. de Beauvoir. Los términos que emplea para designar a los usuarios de la sabiduría proverbial *no pueden ser más imprecisos*. Nos habla del "hombre", de los "hombres", de la "gente", de "la opinión pública"... Y esta imprecisión nos incita a considerar ahora la obra de Jean Baudrillard que he evocado antes (*A l'ombre des majorités silencieuses*), en la que este sociólogo, tomando como objeto de estudio la sociedad francesa del decenio 1970-80, se esfuerza por esclarecer las razones *profundas* del *rechazo de las ideologías* manifestado por lo que él llama las *masas* o las *mayorías silenciosas*. Cabe precisar, que, si bien Baudrillard no aborda *directamente* los problemas planteados por los proverbios tradicionales, lo que afirma de la naturaleza y del funcionamiento de la sociedad francesa concierne *directamente* a la cuestión que examino en esta conferencia.

*

* *

*

Jean Baudrillard parte de una constatación. Cito textualmente: "Todo el amasijo confuso de lo social gira en torno a ese referente esponjoso, a esa realidad opaca y translúcida a la vez: las masas". Y esas masas "absorben toda la electricidad de lo social y de lo político y la neutralizan definitivamente. Las masas no son ni buenas conductoras de lo político, ni de lo social, ni del sentido en general. Todo se difunde en ellas sin dejar huella alguna. Y la llamada a las masas ha quedado siempre sin respuesta. No irradian, todo lo contrario, absorben todas las radiaciones de las

constelaciones periféricas del Estado, de la Historia, de la Cultura, del Sentido. Son irreductibles a toda práctica y teoría tradicional, incluso quizás a toda práctica y teoría sin más".

Traduzcamos esto en un lenguaje más simple: Baudrillard nos dice que las "*masas*" son refractarias a las *teorías*, a los *sistemas*, a las *doctrinas*, a los *dogmas*, resumiendo, a las *ideologías*, (cualesquiera que sean, *políticas*, *religiosas*, *filosóficas* u otras), y que el "poder" de las *masas* reside esencialmente en su *fuerza de inercia*.

Ustedes pueden adivinar los problemas que las *mayorías silenciosas* plantean a la *sociología*, la cual no puede definir las *masas*, ni siquiera nombrarlas, y en vano intenta encerrarlas en categorías "más sutiles y concretas". La sociología nos habla, en efecto, de las "*masas laboriosas*", de los "*trabajadores*", del "*proletariado*", de las "*masas campesinas*". Son éstas -nos dice Baudrillard- expresiones cómodas, pero en definitiva poco *operativas*. En cierto modo, las *masas* son un *objeto neutro*, es decir, según la etimología (lat. *ne uter*), "ni una cosa ni otra", "ni uno ni otro". Por eso, las *masas* no pueden ser identificadas claramente ni localizadas con precisión. No son ni "de derechas" ni "de izquierdas", ni "progresistas" ni "reaccionarias", ni "democráticas", ni "fascistas". Por este motivo, es igualmente falso pensar que pueden ser "enajenadas". Y si, en ocasiones, se dejan manipular, siempre es con segundas intenciones.

Así aparece la *homología* del "mensaje" expedido por las *masa* y del mensaje que, con una prudente discreción, nos dirigen los proverbios tradicionales. Y aquí, permítaseme que abra un paréntesis, para poner bien las cosas en su punto y puntualizar que, cuando, en esta conferencia, me refiero a los proverbios y al mensaje social que acarrean, no se trata en ningún caso de tal o cual proverbio aislado y particular, desglosado de todo contexto paremiológico, sino de estos conjuntos de proverbios (*corpus*), que, en un momento preciso de las sociedades, pretenden informar la base de la sabiduría de los diversos grupos humanos (etnias, pueblos, naciones). En efecto, siempre es posible encontrar un proverbio que, explícitamente, vaya en el mismo sentido que esta o aquella ideología "oficial". Tomemos, por ejemplo, el caso del proverbio francés "Pauvreté n'est pas vice" (*Pobreza no es vileza*). Se trata de una de esas sentencias que predicán manifiestamente la sumisión al orden jerárquico tradicional, a la moral evangélica. Pero ¿quién no ve que se puede encontrar también en los varios refraneros un gran número de proverbios sobre el tema de la pobreza que dicen claramente lo contrario? Por ejemplo, si abro el *Diccionario de aforismos, proverbios y refranes* recopilado por Jorge Sintes (Editorial Sintes, Barcelona, 1958), encuentro en el artículo "Pobreza", al lado de *Pobreza no es vileza*, estos refranes antagónicos: *No hay amigo ni hermano, si no hay dinero de mano; Donde no hay harina, todo es mohina; Pobreza nunca alza cabeza; Quien pobreza tién, de sus deudos es desdén; y el rico, de serlo [sin serlo, en Correas], de todos es deudo*.

Los ejemplos de este tipo de contradicciones distan mucho de ser excepcionales. Hasta se puede pensar que constituyen una regla paremiológica implícita, ya ilustrada, en el dominio hispánico por las consideraciones críticas de B. Gracián y del P. Feijoo, y profundizada y sistematizada por Alfonso Reyes en *De los proverbios y sentencias vulgares* (México, 1955, p. 168):

Refranes ni proverbios han servido nunca para regir la conducta de nadie [...] Los refranes, además, se contradicen unos a otros [...] y yo mantengo que sólo sirven para narrar, para explicar y discutir. El refrán no tiene más fin que servir a las conversaciones e ilustrarlas. hasta lo ayuda en ello aquella tendencia a generalizar lo individual, ya que apunté arriba como motivo de 'amoralidad'.

Este escepticismo es el que expresan algunos autores modernos cuando se esfuerzan por dar cuenta de las incoherencias y contradicciones de los proverbios por la diversidad de las circunstancias en las que estos aparecen:

En realidad -observa Julio Fernández-Sevilla-, los conceptos de 'verdad' y 'falsedad' no resultan aplicables a los refranes. Así, un mismo refrán puede ser *adecuado* a una situación y, en este sentido, 'verdades', mientras que en otra se considera *inadecuado* y, por tanto, 'falso'. Y es que los refranes, por lo común, no expresan verdades metafísicas, sino que reflejan hechos de la realidad y de la experiencia,

y estas son multiformes y cambiantes. ("Presentadores de refranes en el texto de *La Celestina*", *Serta Philologia F. Lázaro Carreter*. Madrid: Cátedra, 1983, vol. 1, pp. 200-218).

Pese a sus méritos, la explicación queda algo insuficiente, y quizás haya que ver en ella una nueva ilusión: si existen proverbios para todas las circunstancias y situaciones, y si pueden justificar cualquier conducta, ¿no es la validez de su función sapiencial y moral la que se queda *ipso facto* aniquilada? Las cosas, sin embargo, no son tan simples. ¿No es justamente esta aptitud para las contradicciones las que, a fin de cuentas, constituye una característica esencial de los proverbios, en la medida en que hay que situar el verdadero territorio de la sabiduría proverbial *en otro sitio* que en el *dicho* de los proverbios: en su *no-dicho*; pero también, como acabo de sugerirlo, en esos silencios que señala Jean Baudrillard al evidenciar la no-respuesta de las masas a las solicitudes de las doctrinas de la felicidad y de la salvación? Hace falta, pues, examinar ahora con más detalle este segundo aspecto de la actitud de reserva crítica perceptibles en los folclores, y en especial en los *corpus* proverbiales: las *omisiones* y los '*olvidos*'.

LA RELIGIÓN Y LOS PROVERBIOS

Veamos, en primer lugar, la actitud de los proverbios respecto a la religión. El *refranero* castellano nos servirá aquí de referencia. Los investigadores han destacado a menudo el *anticlericalismo* que expresan los refranes. Pero aún más significativo resulta constatar en ellos la ausencia casi total de referencias a Dios y a los grandes preceptos cristianos. En efecto, los numerosos refranes relativos a la *religión* no se fijan en lo esencial sino en lo accesorio. Es lo que dice precisamente J. Baudrillard a propósito de las mayorías silenciosas *confrontadas a este mismo problema*, cuando constata que las masas, en toda época, sólo han retenido de Dios la *imagen superficial* que de él dan las prácticas religiosas:

Nunca las alcanzó la Idea de Dios [...] ni las angustias del pecado ni de la salvación personal [...]. Lo que han retenido es la magia de los mártires y de los santos, la del juicio final, la de la Danza de los muertos; es la brujería, es el espectáculo y el ceremonial de la Iglesia, la inmanencia del ritual [...]. Paganas fueron y siguen siéndolo a su modo, nunca obsesionadas por la Instancia Suprema, sino nutriéndose de la calderilla de las imágenes, de la superstición y del diablo [...]. No es que no hayan podido acceder a las luces superiores de la religión: las ignoraron [...]. Para las masas, el Reino de Dios siempre ha estado en la tierra, en la inmanencia pagana de las imágenes, en el espectáculo que la Iglesia daba de ellas. Corrupción fantástica del principio religioso. Las masas han absorbido la religión en la práctica hechicera y espectacular que tenían de ella".

LA HISTORIA Y LOS PROVERBIOS

Corrupción, pues, del *principio religioso*, pero constatamos también esta misma actitud negativa de las masas frente a la *Historia*. Ahora bien, en este aspecto, los silencios del *refranero* son elocuentes. En vano se buscaría en los refranes castellanos una reflexión acerca del destino nacional de un gran país que pasó en unos siglos de la oscuridad a la gloria y de la gloria a la decadencia. Esta constatación no puede extrañarnos: todo lo que acabo de decir con respecto al *rechazo del sentido* por las mayorías silenciosas *dejaba adivinar ese desinterés y ese desapego de los refranes hacia la Historia*, la de los hechos de armas, la de los personajes denominados "históricos" y de quienes se nos dice que *han hecho la Historia*. Esta expresión no podría aplicarse evidentemente a esa *otra historia* (con h minúscula), la que interesa únicamente al hombre del *refranero* y de las "mayorías silenciosas": la historia de los individuos "sin cualidades", que no ven más allá de su entorno inmediato ni de los nimios hechos de su existencia. Todas esas gentes que "olvidan" fácilmente lo que no es "su mundillo diario". El *refranero* y, de forma más general, los folclores nacionales, ilustran esa *facultad de olvido de los pueblos*. Y, en efecto, apenas se vislumbra en el *refranero* la huella de esos acontecimientos que han hecho la historia de España: la Reconquista, la gesta del Cid o de tanto otros héroes; los grandes momentos del Imperio de los

Austrias; la conquista y la evangelización del nuevo mundo; la lucha heroica de los españoles contra Napoleón, etc. En cambio, en los refranes figura con abundancia la expresión de antagonismos y de conflictos sociales *limitados*. Pero, entonces se trata de cuestiones de *interés material* que enfrentan ricos y pobre, nobles y pebleyos, ciudadanos y aldeanos; o también conflictos entre las generaciones o entre los sexos... En definitiva, la "pequeña" historia.

LA CULTURA Y LA LITERATURA Y LOS PROVERBIOS

Constatemos también, para terminar este repaso, la ausencia en el refranero de la literatura -al menos de la "grande"- y, de forma más general, la ausencia del universo del arte y de la cultura. Incluso las grandes obras literarias, cuya relación con el *folclore* queda claramente establecida -por ejemplo, *La Celestina*, el *Lazarillo de Tormes*, *Don Quijote*- no han despertado el interés de los creadores de refranes. De hecho, todo sucede como si la gran literatura pudiera nutrirse del folclore mientras que el folclore, no muestra interés por la gran literatura.

*
* *
*

Ha llegado el momento de sacar algunas consecuencias de los análisis precedentes. Acabamos de descifrar lo que se podría llamar el *mensaje* de los refranes, que es también, de hecho, el de las mayorías *silenciosas*. Sin embargo, en el fondo, ¿no es algo paradójico el atribuir una *voz* a masas o mayorías *silenciosas*? El título del libro de Jean Baudrillard parece entrañar cierta contradicción; porque, como lo hemos visto, las *masas* o las *mayorías* a las que alude este sociólogo *no se reducen a la pura pasividad*: hablan, y los refranes son *uno* de sus modos de expresión y de defensa. Pero existen otros modos de esta misma actitud, que pueden realizarse tanto a través del lenguaje como mediante ciertos comportamientos. Citemos algunos, entre los más significativos: la *sumisión* sin reservas a la ley, *incluso la más absurda*; *el exceso de celo*; *el ultraconformismo*; *el embrutecimiento voluntario*; *la falsa ingenuidad*; *los desvíos lingüísticos*, los *juegos de palabras*, los "chistes", las palabrotas, etc. Todas estas técnicas de protesta cuyo denominador común es, a fin de cuentas, lo que se llama a veces la *ironía*, pero que yo prefiero llamar el *humor*.

El *humor*, que nos remite una vez más a los refranes y, más especialmente, a las dos particularidades de los *corpus* paremiológicos que ya hemos apuntado: el silencio sobre la Religión, la Historia y la Cultura, y también el carácter *contradictorio* de numerosos refranes. En ambos casos, se trata a todas luces del *humor*. Las omisiones en cuestión son demasiado enormes para ser involuntarias. En cuanto a las "contradicciones", anulan de hecho *toda pretensión a lo serio*. Pero, en vez de ver en estas pseudocontradicciones una *debilidad* o un *defecto*, descubrimos en ellas una *táctica*, consciente o no, la táctica que los débiles suelen contraponer a la *Ley* que los gobierna; una táctica que, según J. Baudrillard, "anula de rebote (esa misma Ley) según el inmortal ejemplo del soldado Schweik".

Del bravo soldado Schweik, pero también de sus homólogos de los folclores nacionales: todos esos "tontos listos" que se llaman *Jean le Sot* en Francia, *Djoha* en los países árabes, *Hodja* en Turquía, *Till Eulenspiegel* en Alemania y en Francia, *Juan Tonto* en España (ese Juan Tonto en quien quizá Cervantes se inspiró para crear a Sancho Panza, un "tonto listo" si los hubo, y quien, *naturalmente* y como era de esperar, *se expresaba* también en refranes, que citaba a menudo, si bien muchas veces sin ton ni son ("a trote moche", II, 43); pero ya sabemos que estas "prevaricaciones del buen lenguaje" que desesperaban a Don Quijote son, sin duda, una de las manifestaciones del humor cervantino -anunciadoras de manipulaciones paródicas a las cuales los proverbios se prestan con tanta complacencia.

Ahora bien, para volver a los "tontos listos", cabe destacar que todos esos *supuestos tontos* que acabamos de citar se prestan tan fácilmente a la *identificación*. En efecto, cualquier que sea nuestro *status* social, nos sentimos muy próximos a ellos, por una razón que Jean Baudrillard

sugiere al constatar que esta *función demistificadora* del mensaje "negativo" de las masas no es privativa de un grupo social sino, todo lo contrario, puede extenderse al *conjunto de los miembros de la sociedad, a todos los individuos sin excepción*. "Sólo somos momentáneamente constructores del sentido", escribe J. Baudrillard. Y con esta frase hay que entender que ese *nosotros* designa también el *conjunto* de los representantes del *pensamiento*, de la *cultura* y del *poder*.

Así, en ciertos momentos de su existencia, *todo hombre*, cualquiera que sea su *status* social, puede formar parte de la *mayoría* silenciosa. Se trata de un juicio con consecuencias inmensas. Contentémonos con citar una. Podemos imaginar que algunos *creadores* de refranes no pertenecieron a las clases populares; por ejemplo, que los autores de refranes anticlericales pudieron ser ellos mismos eclesiásticos, eminentes quizás.

*
* *
*

De todo lo anterior se desprende que los proverbios no están desapareciendo. Están evolucionando y, al paso que van las cosas de este mundo, todavía tienen mucha vida por delante, y su "sabiduría", tan a menudo despreciable, permanece bien viva.

Es preciso, pues, seguir estudiando los proverbios que pertenecen a esas áreas geográficas mas o menos incógnitas que abrigaron y abrigan todavía algunas de esas poblaciones que llamamos a veces "primitivas" o "salvajes", y que hoy están en vías de extinción. En suma, tratar de pasar de la Historia a la Prehistoria. ¿Existen proverbios en esas sociedades? ¿Cuál es su "filosofía"? Acaso sea posible realizar para los proverbios de esos "salvajes", lo que algunos etnólogos han hecho para sus mitos o sus estructuras parentales. Quizás los proverbios de esos primitivos contengan algunos secretos de importancia para nosotros. Quizás tengan algo que decimos sobre nuestro origen, y ¿por qué no?, sobre nuestra naturaleza.